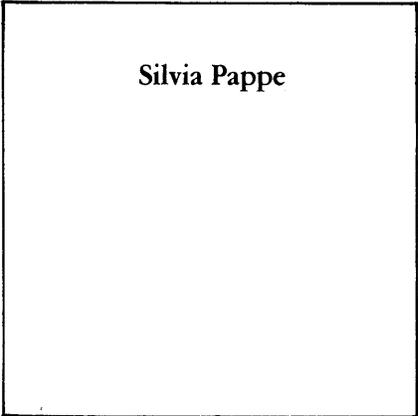


MITO Y FANTASÍA



Silvia Pappe

Roger Bartra, *El Salvaje en el espejo*, México, coordinación de Difusión Cultural UNAM-ERA, 1992.

I

LA riqueza de los materiales reunidos en *El salvaje en el espejo*, necesariamente obliga al comentarista a hacer una selección. En primer lugar, intentaré describir muy escuetamente las intenciones de Bartra a partir de ciertas preguntas básicas, para luego salirme del contexto del libro y presentar algunas inquietudes que despierta en mí.

En un libro visualmente muy atractivo, Roger Bartra parte de por lo menos dos supuestos o hipótesis para presentar una investigación de varios años. Inserta las narraciones alrededor del concepto del "salvaje" en los llamados mitos entendidos como contraparte de una historia "real"; a la vez emparentados con ella, los mismos métodos historiográficos (y, en la Edad Media, por ejemplo, etnográficos) permitirán el acceso a ellos: "...es decir, tratar a esos seres míticos imaginarios como si tuvieran una existencia material enmar-

cada por la historia europea de los siglos XII al XV" (p. 82). De acuerdo con la otra hipótesis, el mito del salvaje es un ingrediente fundamental de la idea de civilización europea; relacionado con el mito (más amplio) del "otro", ayuda a aclarar el nacimiento de éste.

Después de asombrarse del aspecto de los "salvajes" que aparecen en ciertas representaciones de la Nueva España, y que en nada se asemejan a la apariencia física de los habitantes del Nuevo Mundo, será a través de la historia occidental, dividida en épocas, que Bartra recoge el mito del salvaje. Griegos, romanos, los primeros cristianos, las sociedades de la Edad Media y del Renacimiento, todos le han adjudicado los más diversos significados y funciones a este mito siempre cambiante de contenido.

El autor encuentra el objetivo de la fundación del mito en que éste traza

los contornos de la razón griega; el hombre salvaje determina los límites del espacio civilizado. Desde entonces, el salvaje tiene una función doble, que se repetirá contrastando las distintas expresiones de la civilización, mediante diversas figuraciones y simbologías: por un lado, siendo naturaleza pura, agrade a la civilización; pero por el otro, ofrece también un grado de sabiduría que la civilización ha perdido (o que no ha poseído jamás). Otro aspecto doble que observa Bartra es la visión que se tiene del salvaje: si para el pueblo simboliza con frecuencia una utópica edad de oro (que pertenece casi siempre al pasado), la *polis* aristocrática de la antigua Grecia lo percibe como amenaza de decadencia (situada en un posible futuro). Este aspecto histórico-temporal es, por cierto, uno de los elementos que Bartra no explora, pero que podría ofrecernos datos interesantes acerca de la construcción de utopías y nostalgias. Interesante es la observación de Bartra acerca de las implicaciones para la comunicación humana y la conclusión que al respecto retoma de David Konstan, en el sentido del parentesco con las discusiones más actuales entre imanentistas y trascendentalistas:



El hombre civilizado respeta la mediación y exalta su relación con el Otro, con el que se comunica y a quien, de hecho, inventa constantemente. Lo quiere a su alrededor, lo usa para definirse y para identificarse tanto en su individualidad como en su grupo. El salvaje, por el contrario, es insociable y no se mezcla: sólo cuando se embriaga descubre que los elementos se confunden, que incluso el cielo se mezcla con la tierra: pero aquí no hay comunicación con el mundo que le rodea: hay el delirio de la confusión del hombre con la naturaleza y con la horda bestial (p. 31).

Aun así, el salvaje seguirá siendo la figuración de un anticódigo de comportamiento: el salvaje salvador de Montaigne, por ejemplo (Bartra retoma aquí un estudio de Hayden White), “trae el buen viento de la alteridad redentora a la civilización, y permite al hombre occidental una distancia crítica con respecto a su artificialidad no para volver salvajes a los europeos sino para encontrar en lo más profundo de la civilización los impulsos que pueden preservarla de la barbarie” (p. 162).

II

No obstante, en la definición que hace el propio Bartra del mito del salvaje (“un ser humano o semihumano que se ubica —ya sea de manera permanente o transitoria— en los linderos de la bestialidad, en contacto estrecho con la naturaleza animal”, p. 110), la figuración de un anticódigo no puede tener los mismos valores a través de las distintas manifestaciones o etapas de “la” civilización occidental. La teología cristiana, por ejemplo, no permite conceptualizar la cercanía con la bestia; “no podía admitir una visión gradualista que no hiciese una tajante distinción entre lo humano y lo animal” (p. 110). Una de las salidas que experimenta el mito en el cristianismo es, como menciona el autor, la demonología.

No será sino hasta la Edad Media que se empezará a concebir una diferencia entre el *ser* salvaje y lo que ciertos personajes viven como *estado* salvaje.

En principio, y como ya dije, *El salvaje en el espejo* me parece un libro muy atractivo visualmente. Esta misma atracción se prolonga a través del texto en cuanto se lee como narración —es sumamente descriptivo y establece vínculos entre una enorme cantidad de datos sobre los salvajes en una línea paralela a la historia de Occidente o, mejor dicho, una antihistoria: las posibilidades (deseos, temores) inconscientes convertidas en mito. Pero de alguna manera, no puedo evitar del todo la impresión de que Bartra trata de demostrar una serie de hipótesis, para lo cual va llenando un tiempo paralelo (tan lineal como el tiempo historicista) con la mayor cantidad de datos posible. O dicho de otra forma: en el discurso de Bartra, el mito del salvaje se convierte con frecuencia en cita.

Esta impresión, ciertamente incómoda, tiene que ver con dos proble-

mas: en primer lugar, el autor maneja una bibliografía impresionante; entre otras obras, estudios muy actuales en lo que se refiere a las discusiones teóricas y metodológicas de la historiografía. Al mismo tiempo, la presentación del libro parece indicar que su autor se dirige más bien a lectores no especializados en historia o mitología. En segundo lugar —y creo que eso es el punto más importante—, tiene que ver con el tratamiento que Bartra les da al mito y a la historia, y con las posibles confusiones que de allí puedan surgir. El salvaje tiene, en principio, un carácter ahistórico, atemporal, incluso no espacial, al separarse y (auto)excluirse de la sociedad. Por el otro lado, al plasmarse principalmente en narraciones mitológicas o representaciones plásticas (Bartra recoge en su libro la rica tradición pictórica), se inscribe en la temporalidad que tiene toda narración. La diferencia básica (la ausencia o presencia de una temporalidad y de un espacio social) entre el *mito del salvaje* y la *historia del hombre occidental civilizado* a la que el primero acompaña como sombra o figuración paralela, se pierde al tratarse ambos como narraciones. Indiscutiblemente, esta forma de tratamiento es necesaria —pero ¿no habrá alguna posibilidad de rescatar la mencionada diferencia? Formulemos la pregunta de otra manera: la imagen del salvaje es una figura creada por consenso, no por correspondencia a una realidad visible, aunque se pueda hacer, como lo hace Bartra, una descripción



etnográfica. ¿Cuál es, entonces, la realidad del mito y cómo procede Bartra finalmente en la interpretación de este mito?

Trataré de resumir mis dudas (y mi aprecio) de *El salvaje en el espejo* mediante una imagen generalizada y, por lo tanto, simplificada: el objeto de estudio es la entrada del mito a la historia. La Historia tradicional (aquella presentada por los vencedores de cualquier conflicto cultural o social) es una mediatización (con tendencia a la mediocridad) que narra contenidos hilados linealmente y que presenta un mundo delimitado, claro, fácilmente comprensible —en una palabra: amansado. El salvaje es una figuración, una *concientización inconsciente* de las posibilidades no seleccionadas, inquietantes, subyacentes de esta realidad sometida. El mito del salvaje (*su* historia) aproxima la historia de lo humano a su propia naturaleza: la sabiduría, lo natural, lo bestial: conocimiento y destrucción a la vez. Permitir que el mito entre a la historia cambia en forma determinante el aspecto manso de ésta: si el salvaje delimita al ser civilizado y al mismo tiempo deja entrever una infinidad de posibles realidades individuales y sociales, el mito hace algo equivalente con la historia: la delimita, pero también permite que se olvide de vez en cuando de su carácter inofensivo y deje traslucir posibilidades que los vencedores pensaban “superadas”. Eso muestra (y lo muestra Bartra indudablemente en su libro) que el pasado

“pasado” y “superado”, en cualquier momento puede irrumpir de nuevo al presente. Lo que está al acecho en el salvaje es, finalmente, la misma naturaleza humana.

El concepto del salvaje, del otro, es parte de la psicología humana que en la historia colectiva se convierte en mito. Mito que, aun teniendo como contenido una cosa, trata más bien de la delimitación de otra: el salvaje separa al hombre civilizado de aquellas otras posibilidades que abre la historia. Así, el mito del salvaje no tiene por qué constituir una continuidad en la historia, sino que va cambiando constantemente, de acuerdo a lo que se cristaliza como “civilización” en las diversas constelaciones de la cultura occidental, e incluso en la percepción de los distintos grupos sociales que participan de un espacio y un tiempo históricos. El salvaje se convierte, a su vez, en simbología de contenidos cambiantes, de posibilidades múltiples.

El estudio de Bartra le debe mucho al estudio que hizo Foucault de la locura: la otredad del ser humano representada a través del loco a nivel individual expulsado por la sociedad (el inadaptado, el que no se deja amansar), y la otredad representada mediante el mito del salvaje, tienen un parentesco que Bartra no menciona —para él, el estado



de locura pertenece a los estados del salvaje, ya que concibe el amor (causante de la locura caballeresca) como elemento integrante del concepto de la civilización.

Mucho quedaría por discutir —pero obviamente, estos temas rebasan el espacio de un texto que pretendía ser una reseña. Quizás como punto final lo que se puede leer entre líneas a través de todo el libro: el mito no es una forma “anterior” a la historia, no describe una etapa “superada” de la humanidad. Representa las partes indomadas e indomables del hombre civilizado que durante muchos siglos de prácticas historiográficas de Occidente parecían cubiertas bajo telarañas. Pero no puede haber una definición del hombre civilizado, si no es al mismo tiempo definición mediante conceptos contrarios: el hombre no se define desde su interior, sino por sus límites y horizontes, por tener la capacidad de saberse diferente de un otro. Cuando se disuelve la realidad occidental en la pérdida de su horizonte, cuando cambian las perspectivas porque el espacio se abre al Nuevo Mundo, cuando se altera lo que se había concebido como historia (sagrada) de la humanidad, la integridad de Occidente está en peligro de desmoronarse. Estar acompañados por sus propios y bien conocidos salvajes —parece ser una de las conclusiones novedosas de Bartra— les debe haber dado a los europeos una cierta seguridad que en su visión del mundo se acababa de perder.